

- Psicoméd* (2013). Glosario de términos técnicos. Descargado el 22.01.2013 de [http://www.psicomed.net/dsmiv/dsmiv\\_glosario.html#p](http://www.psicomed.net/dsmiv/dsmiv_glosario.html#p)
- Saldívar, F. (2012). El cuento. En Sepúlveda, G., Alcaño, C., García, G. (eds.). *Psicoterapia evolutiva constructivista en niños y adolescentes. Métodos y técnicas terapéuticas. Juegos, imágenes, diálogos*. Santiago: Universidad de Chile, pp. 167-177.
- Sepúlveda, G. (2013). *Psicoterapia evolutiva con niños y adolescentes*. Santiago: Mediterráneo.
- Sepúlveda, G., Capella, C. (2012). Desarrollo psicológico del escolar y sus trastornos: Lo evolutivo y lo psicopatológico. En Almonte, C., Montt, M.E. (eds.). *Psicología infantil y de la adolescencia* (2ª ed.). Santiago: Mediterráneo, pp. 33-48.
- Suárez, E. (2012). Historietas: Uso de historietas en psicoterapia constructivista. En Sepúlveda, G., Alcaño, C., García, G. (eds.). *Psicoterapia evolutiva constructivista en niños y adolescentes. Métodos y técnicas terapéuticas. Juegos, imágenes, diálogos*. Santiago: Universidad de Chile, pp. 113-130.
- Vicente, B., De la Barra, F., Saldívar, S., Kohn, R., Riosco, P., Melpillán, R. (2012). Prevalence of child and adolescent psychiatric disorders in Santiago, Chile: a community epidemiological study. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology*, 47, 1099-1109.

En: Sepúlveda, M.G. (2015). De cuento en cuento: Construcción de realidad en niños y adolescentes. Santiago: Facso/El buen aire.

## EL LOBO Y LAS SIETE CABRITAS: USO DE LA METÁFORA Y EL CUENTO EN LA PSICOTERAPIA CON NIÑOS/AS QUE HAN SIDO VÍCTIMAS DE AGRESIONES SEXUALES

Claudia Capella Sepúlveda, Carmen Luz Escala Castro, Lucía Núñez Hidalgo

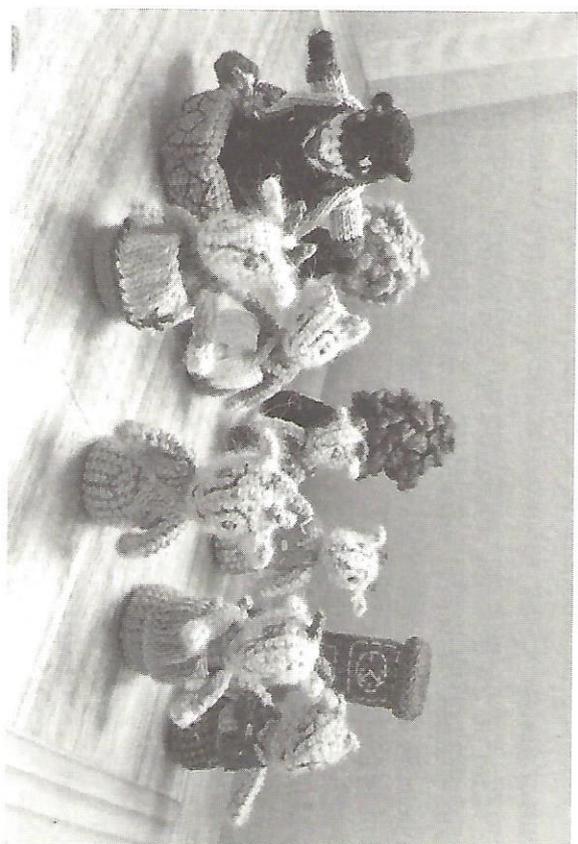


Imagen: fotografía de las autoras, de figuras tejidas por Viviana Sanhueza Larraín.

*El lobo y las siete cabritas*, Hermanos Grimm, 2008.

*El cuento relata la historia de siete cabritas que viven junto a su madre. Ésta sale del hogar, señalándoles a las pequeñas que no abran la puerta a nadie, excepto a ella. El lobo golpea la puerta y las cabritas no le abren, puesto que al observar su pata negra por el cristal de la puerta, le gritan que saben que no es la madre. El lobo pone harina a su pata, vuelve a tocar la puerta y las cabritas creen que puede ser la madre, pero al escuchar su voz ronca, reconocen que es un extraño y tampoco le abren. El lobo bebe miel para aclarar su voz, vuelve a tocar y esta vez logra que las cabritas crean que es su madre y le abran la puerta. Entra a la casa y se las come a todas menos a una, la más pequeña, que se alcanza a esconder. Cuando la madre regresa, esta cabrita le cuenta lo sucedido y parten en busca del lobo. Lo encuentran durmiendo bajo un árbol, la madre le abre el estómago y saca a las cabritas intactas, lo rellena con piedras y lo cose. Al despertar el lobo, se acerca al pozo a beber agua y se cae en él a causa de su peso, desapareciendo.*

## Introducción

Uno de los desafíos relevantes en la psicoterapia con niños y adolescentes, se refiere a poder favorecer el proceso de cambio a partir de las características evolutivas de los pacientes en cada etapa etaria (Sepúlveda, 2008). Esto se vuelve aún más relevante cuando los contenidos a trabajar son especialmente dolorosos para los niños y se hace más difícil poder abordarlos de manera directa a través de su verbalización, como es la experiencia de abuso sexual. La intervención con niño/as que han sido víctimas de agresiones sexuales requiere la consideración de los recursos evolutivos, asumiendo el desafío de abordar contenidos particularmente disruptivos de una manera poco amenazante y protegida para los pacientes. A partir de esto, el presente artículo realiza una propuesta teórico-clínica para trabajar los contenidos traumáticos asociados a la agresión sexual mediante el uso de la metáfora, desarrollando sus beneficios y alcances. Se profundiza una de las técnicas terapéuticas en este tipo de trabajo con metáforas, como es el uso de cuentos infantiles clásicos.

Como ejemplo, se describe la utilización del cuento *El lobo y las siete cabritas* (Hermanos Grimm, 2008) en el proceso de elaboración

de la experiencia de abuso sexual, discutiendo las ventajas de la técnica y el rol del terapeuta. Respecto del cuento se responden diferentes preguntas: ¿Para qué usar este cuento? ¿Qué contenidos traumáticos permite trabajar? ¿Cómo trabajamos en psicoterapia con este cuento?

Antes de abordar el trabajo terapéutico con este cuento, en primer lugar, se expone el objetivo de la psicoterapia en base a la conceptualización del trauma. A partir de esto, se presentan consideraciones relevantes para el trabajo psicoterapéutico con niños/as, enfatizando el uso de técnicas indirectas, en tanto favorecen la simbolización y la construcción de metáforas, posibilitando de esta forma, la elaboración de la experiencia abusiva con los recursos del mundo infantil.

El uso terapéutico del cuento *El lobo y las siete cabritas* con niños sexualmente victimizados, surge a partir del trabajo como terapeutas grupales de dos de las autoras, en la permanente búsqueda de estrategias de intervención creativas y atractivas para los consultantes. Luego de apreciar significativos resultados con el uso de este cuento en el formato de intervención grupal, se comienza a implementar en la terapia individual e incluso en la familiar.

Así, el presente artículo nace de la sistematización teórico-clínica de las autoras, desde la experiencia de trabajo clínico con niños/as víctimas de agresiones sexuales. La sistematización expuesta en este artículo forma parte de los contenidos presentados por las autoras en el curso de posítulo "Intervención psicoterapéutica con niños y niñas que han sido víctimas de agresiones sexuales: profundización en el uso de técnicas", dictado en la Universidad de Chile desde el año 2008 hasta la actualidad (Capella, Escala y Núñez, 2008).

## Marco conceptual

### *Agresiones sexuales, trauma y psicoterapia*

Es ya de reconocida difusión, que el fenómeno de las agresiones sexuales es común, afectando principalmente a niños/as y adolescentes, y que son usualmente cometidas por personas conocidas o familiares de la víctima (CAVVAS, 2003).

Muchas veces la experiencia de agresión sexual es configurada de manera traumática, pero no pueden ser concebidos los eventos

traumáticos de un modo absoluto, por lo que resulta central considerar la experiencia de agresión sexual como un evento disruptivo que, dependiendo de la vivencia del sujeto, se configurará como traumático.

En esta perspectiva, comprender la importancia de la vivencia subjetiva en relación al evento disruptivo, es esencial para el contexto de la psicoterapia con víctimas de agresiones sexuales, ya que trabajaremos con la significación que las víctimas le dan al hecho.

Sin embargo, a pesar del carácter particular de estas vivencias, es posible pensar en ciertos elementos comunes que permitan entender el trauma psíquico asociado a estas situaciones. Así, en términos generales se entiende como un acontecimiento vital que invade el psiquismo del niño y frente al cual éste no es capaz de responder adecuadamente, en tanto sobrepasa su capacidad de elaboración y afrontamiento de la situación. Específicamente se entiende que el trauma estaría relacionado con que los contenidos asociados a la sexualidad inundan al niño, que no tiene las capacidades evolutivas para comprender lo sucedido, y de esta manera afrontar adecuadamente la situación (Colombo y Beigbeder, 2003).

En este sentido, el abuso sexual se asocia a un trauma que afecta al cuerpo (Calvi, 2006, citado en Capella, 2011), dejando un efecto en la organización psíquica, comprometiendo diversas esferas del desarrollo, y en particular la esfera psicosexual (Aliste, 2008, citado en Capella, 2011). No existe una constelación sintomática específica de las agresiones sexuales, sin embargo, existen ciertas constantes en la expresión del trauma asociado a éstas (Capella, Escala y Núñez, 2008), tales como las dinámicas traumatogénicas, descritas por Finkelhor y Browne (1985).

De esta manera entendemos que el trauma psíquico asociado a las agresiones sexuales infantiles presenta dos características centrales: por un lado es único y diferente a otros traumas, debido a la naturaleza sexual del estresor y las dinámicas abusivas asociadas; por otro lado, es particular, en tanto su configuración, expresión, curso y magnitud se definen en cada individuo, asociados a la vivencia subjetiva, significados y los factores particulares del caso.

Así, en la psicoterapia, más allá de las características de la experiencia abusiva, resultan más relevantes las reacciones, los efectos

y la dinámica psíquica desplegados por el niño ante la situación de abuso sexual, lo mismo que la significación dada por él a esta experiencia y su percepción de daño. Debido a que la experiencia traumática y la significación son particulares en cada niño/a, no hay un programa de psicoterapia único para todos los casos, ya que los objetivos y técnicas utilizadas dependen de cada situación. Sin embargo, a partir de la comprensión del trauma en las agresiones sexuales, sí podemos señalar lineamientos generales comunes para la intervención en ellos.

Desde este marco, resulta fundamental un tratamiento psicológico para los niños/as víctimas de abuso sexual, que se oriente a la elaboración de la experiencia abusiva, a partir de la significación dada por cada niño, permitiendo que puedan asignarle un nuevo significado a esta experiencia –lo que llamamos resignificación– que sea adaptativo, de modo que no se constituya en el núcleo central de la vivencia del sí mismo, pero sí sea integrada dentro de la historia vital. Así, la terapia se orienta a que la víctima pueda expresar y elaborar los conflictos asociados a la experiencia vivida, integrando la experiencia abusiva como una experiencia negativa de su vida, pero como una más dentro de un conjunto de ellas, que por sí sola no determina su futuro (Capella y Miranda, 2003; Capella, 2011; Cavas, 2003).

De esta forma, la terapia psicológica posibilitaría que el sujeto pudiera continuar con el logro de las tareas evolutivas del desarrollo normal para su edad, considerando que este desarrollo generalmente se ve afectado por dicha experiencia, conformando una identidad positiva e integrada, superando así las secuelas ocasionadas por el abuso sexual. En este sentido, el tratamiento psicológico de las víctimas de abuso sexual debería orientarse a que éstas superen el impacto psicológico traumático que ha producido la experiencia abusiva, pudiendo resignificar la experiencia vivida e integrarla a la historia vital (Capella y Miranda, 2003; Capella, 2011; Cavas, 2003).

Entre los diversos objetivos específicos a trabajar dentro del proceso psicoterapéutico, uno central es favorecer la desculpabilización de la víctima y la responsabilización del agresor por los actos abusivos, en tanto en general la culpa dificulta visualizarse

como víctima, tendiendo a asociarse a una desvalorización de sí mismo, sintiéndose copartícipe de la situación de agresión sexual. Este objetivo se vincula muy directamente a otro objetivo específico, en relación con el reconocimiento de estrategias utilizadas por el agresor para lograr la victimización e imponer el secreto, que implica que los niños/as comprendan la asimetría relacional existente al momento de la agresión, pudiendo visualizar su rol en la situación de agresión sexual como personas que estaban sometidas a las acciones del agresor mediante coacción (explícita o implícita). Estos dos objetivos se encuentran vinculados y se trabajan de manera paralela, en la medida que la desculpabilización ocurre a partir del reconocimiento de la propia condición de víctima y también de las estrategias de victimización utilizadas por parte del agresor, y de esta forma responsabilizarlo por lo sucedido. Sin embargo, el trabajo de estos objetivos resulta complejo durante el proceso psicoterapéutico (Capella, 2011; Capella, Escala y Núñez, 2008).

#### *Aproximación clínica a contenidos sexualmente abusivos*

Son muchas las dificultades a las que se enfrentan los terapeutas que intentan promover la elaboración de experiencias traumáticas en pacientes infantiles, más todavía cuando requiere que el niño se conecte con elevadas dosis de angustia asociadas a eventos particularmente dolorosos, como es una vivencia de abuso sexual.

En la literatura especializada han surgido diversas discusiones respecto de las dificultades que enfrentan los terapeutas cuando deben alentar a los niños a hablar o abordar directamente experiencias traumáticas como el abuso sexual. Incluso cuando algunos autores señalan la importancia de realizar intervenciones directas con los niños, muchas veces éstos sienten pánico ante la posibilidad de dejar sus defensas y mirar de frente experiencias difíciles (Kelly, 1995). Muchas veces los niños directamente refieren no querer hablar de lo que les ocurrió y cómo se sintieron con eso, y es comprensible que estén reacios a ello (Gil, 2006).

En esta línea, se presentan algunas críticas a las intervenciones que buscan abordar directa y explícitamente con el niño a través del lenguaje verbal su experiencia abusiva, la más extrema de ellas

aquella que postula que la terapia consistiría en una experiencia de revictimización o victimización secundaria para el niño.\* Esta crítica se funda en intervenciones poco afortunadas, basadas en abordajes rígidos y según un programa que no considera las características evolutivas y particulares del paciente (Rasmussen y Cunningham, 1995).

Los niños no siempre comunican verbalmente sus experiencias, por lo cual los terapeutas deben incorporar el uso de estrategias diferentes al lenguaje directo, como pueden ser las técnicas terapéuticas expresivas. En este sentido, quizás algunos niños no pueden hablar de su experiencia, pero pueden dibujar o jugar acerca de ella. Al trabajar con niños, nos vemos ante la necesidad de integrarnos a su mundo, y no al revés, a partir del lenguaje propio de la infancia (Cattanach, 1992; Gil, 2006).

Rasmussen y Cunningham (1995) plantean que en el trabajo terapéutico con niños agredidos sexualmente, la temática abusiva puede abordarse de dos maneras: a partir de una aproximación directa o explícita, o bien a través de una aproximación indirecta o metafórica. La aproximación directa o explícita implica el abordaje de la experiencia traumática a través de la palabra; en cambio la aproximación indirecta requiere que el abordaje de la experiencia traumática se realice de manera metafórica.

Se considera que tanto el abordaje directo como el indirecto de la temática abusiva son necesarios, dependiendo de las características del niño, la naturaleza del conflicto a abordar y el momento de la terapia. Sin embargo, en este artículo nos centramos principalmente en los beneficios del uso de las estrategias indirectas o

\* La victimización secundaria, también denominada comúnmente como revictimización (entendida como una doble o nueva victimización), se refiere a los costos personales y consecuencias que tiene para la víctima la reacción negativa por parte de la familia o el contexto social ante la revelación de la situación abusiva, que contribuyen a agravar o cronificar el daño psicológico de la víctima a causa de la situación de agresión sexual sufrida. Se ha desarrollado especialmente este concepto en relación a las consecuencias negativas sufridas por la víctima en su paso por el sistema jurídico penal en el cual se juzgan los hechos delictivos que ha sufrido (ej., juicios muy largos, testificaciones reiteradas, cuestionamiento de los dichos, etc.) (Fiscalía Ministerio Público et al., 2010; Echeburúa y Corral, 2006, citados en Capella, 2011).

metafóricas, debido a su menor difusión y su importante potencial terapéutico, y al conocimiento más generalizado de los abordajes directos.

### *Uso de la simbolización y la metáfora*

Las aproximaciones indirectas se definen en relación al modo de abordaje del contenido. Hacen referencia al uso de técnicas que favorecen la simbolización a partir de la metáfora. Es relevante entender que las aproximaciones indirectas no son sinónimo del enfoque no directivo, sino más bien implican una preparación de material que promueve el trabajo simbólico. En este sentido se podría trabajar el abordaje de contenidos de manera indirecta, tanto con un rol directivo como no directivo del terapeuta. Por ejemplo, podríamos trabajar con símbolos en el juego, desde una estrategia libre (no directiva) o de manera directiva, plantando el terapeuta temáticas a abordar (Capella, Escala y Núñez, 2008).

Específicamente en cuanto a estrategias focalizadas directivas del abordaje de los contenidos asociados a la agresión sexual, pero de manera indirecta—que es lo que principalmente desarrollaremos en este artículo—, se trata de trabajar la agresión sexual de manera simbólica, en tanto no impone una versión textual de los elementos asociados con la agresión, sino una versión metafórica, que promueva la identificación y la proyección, en un lenguaje adecuado al mundo infantil (Capella, Escala y Núñez, 2008).

La metáfora implica usar un sentido figurado, en virtud de una comparación tácita entre dos elementos, aplicando un concepto, palabra u objeto, al cual no denota literalmente, con el fin de sugerir la comparación. En relación a esto, la simbolización también implica que una cosa es símbolo de otra, en la medida que la representa y explica por alguna semejanza o relación entre ellas (Real Academia Española [en línea]). La metáfora es una forma de lenguaje simbólico (Rasmussen y Cunningham, 1995), en el sentido que una metáfora es un símbolo entre una imagen empleada y el objeto al que se refiere, existiendo una conexión entre ellos (Piaget, 2000).

La función simbólica surgiría desde el año y medio o dos, a través de la cual el niño representa mentalmente un objeto por un signo o símbolo. Esto permite al niño integrar sus experien-

cias, pudiendo simbólicamente compensar o aceptar situaciones desagradables y penosas, y a la vez cambiándolas simbólicamente. Así, la situación se aísla del contexto desagradable y se asimila de manera progresiva a través de la incorporación de otras conductas y desenlaces (Sepúlveda, 2013; Piaget, 2000).

El trabajo terapéutico con metáforas significa generar cambios de manera implícita, sin que el paciente se sienta amenazado. Incluso las metáforas podrían abrir nuevas rutas de alivio y sanación, cuando otras estrategias terapéuticas han sido inefectivas (Almonte, 2010).

El beneficio de utilizar la metáfora en casos de agresiones sexuales se asocia a que los contenidos vinculados a la experiencia abusiva pueden ser de difícil abordaje explícito, especialmente en el caso de los niños. Sin embargo, no abordarlos puede significar dejar al niño solo con sus angustias en relación a la situación abusiva. He allí una de las fortalezas en el uso de las aproximaciones indirectas (Friedrich, Share, 1997), como es el caso de los cuentos, que favorecen la simbolización a partir de la metáfora.

A su vez, en el caso de niños agredidos sexualmente, la aproximación libre al juego puede en ocasiones resultar abrumadora, ante la irrupción de contenidos traumáticos, requiriendo de acercamientos un poco más estructurados, que den seguridad y contención en el abordaje de éstos (Rasmussen y Cunningham, 1995).

Además, los niños que han sido abusados pueden tender a suprimir memorias dolorosas o usar la negación y evitación. Estos mecanismos serían adaptativos, de manera de impedir contactarse con experiencias dolorosas y así mantener el funcionamiento habitual. Sin embargo, a lo largo del tiempo, evitarlos puede provocar sintomatología postraumática. El terapeuta puede ayudar al niño que está evitando a través de una revisión de la situación traumática de manera indirecta, de modo que ésta sea comprendida, sentida, procesada y asimilada (Gil, 1991), pero sin generar excesiva angustia.

El trabajo con metáforas y símbolos (a través del juego, cuentos, arte, etc.) permite al niño proyectar sus pensamientos y sentimientos a través de los símbolos y así procesar y trabajar material conflictivo en un modo seguro y protegido, que respeta sus mecanismos defensivos y sus tiempos (Gil, 2006). En este sentido, las metáforas pueden ser medios efectivos y no amenazantes para abordar la temática abusiva

(Rasmussen y Cunningham, 1995), permitiendo que el niño aborde desde el lenguaje infantil contenidos dolorosos asociados a la agresión sexual, sin que esta actividad resulte revictimizante.

De esta forma, el uso de técnicas que favorezcan la simbolización y la metáfora, implica la apertura de un espacio intermedio que media entre la experiencia de la agresión y el mundo de la fantasía y los símbolos, aliviando los efectos de la traumatización vinculada a la agresión sexual en la infancia, permitiendo así abrir contenidos que de manera concreta o específica pueden aparecer como inabordables, sirviendo como puente entre la experiencia vivida y la dinámica psicológica y relacional asociada a ella.

Lo primordial es presentar un nuevo escenario, propio del espacio terapéutico, donde el niño pueda volcar todo su mundo interno y los terapeutas apoyar el proceso de resignificación de los aspectos amenazados o dañados. Respetando los tiempos del paciente, y la construcción de un espacio terapéutico confiable y seguro, está la posibilidad de abrir temáticas largamente evitadas, que el vínculo terapéutico permite abordar. En dicho momento, no se trata de imponer la versión textual de los elementos asociados con la experiencia abusiva, sino una versión metafórica que promueva la identificación y la simbolización, en un lenguaje adecuado al mundo infantil.

Las experiencias traumáticas pueden ser repetidas y abordadas en símbolos y metáforas hasta que el niño gradualmente adquiere un sentido de dominio de un evento disruptivo. A través de reexperimentar una versión metafórica de un evento disruptivo en un contexto terapéutico seguro, los niños van manejando pequeños aspectos del trauma, hasta que pueden asimilar el evento en su totalidad (Kelly, 1995).

En este sentido, es importante dentro del espacio terapéutico que el niño pueda ir repitiendo el uso del símbolo, para que vaya de a poco adquiriendo dominio y resignificándolo (Kelly, 1995), en tanto a través de los símbolos los niños pueden encontrar nuevas formas de regular su mundo interno (Gil, 2006).

El uso de la metáfora puede generar cambios, al impactar de manera simbólica. Da la posibilidad de abordar problemas personales desde cierta distancia, que de otro modo podrían ser evitados (Gil, 1991). Así, trabajar en el símbolo permite al niño explorar sus

experiencias de abuso, pero distanciado de ellas, lo cual da mayor seguridad en su abordaje, siendo protector. Muchos niños en la terapia de juego encuentran símbolos y metáforas para describir sus vivencias dolorosas. Encontrar un símbolo implica distanciarse del objeto concreto, lo cual es central para su seguridad. Trabajando en el símbolo y distanciado de la situación, el niño puede explorar sus experiencias, darles sentido y resolver sus vivencias pasadas, permitiéndole transformarlas (Cattanacl, 1992), y de esta manera ir resignificándolas.

Se posibilita la elaboración de elementos contenidos en la vivencia abusiva, pasando desde su versión estática, a modo de un recuerdo traumático, a movilizar los mismos a partir de un escenario simbólico, a través del cual se va generando un nuevo significado.

El uso de la metáfora para encarar de manera focalizada los contenidos traumáticos (como es el caso que trabajaremos en este artículo), implica que el terapeuta está entregando al niño un espacio seguro en el cual abordar la experiencia traumática, en tanto no la evita, pero tampoco se aproxima a ella de una manera directa que pudiera resultar revictimizante. En este sentido, el que el terapeuta tome la iniciativa, trayendo la temática abusiva de una manera indirecta, podría aliviar la tensión del niño, y orientar el proceso terapéutico. De este modo, se usa un abordaje indirecto, pero un rol directivo por parte del terapeuta, en que acompaña y guía al niño en el proceso de integrar la experiencia traumática. El terapeuta crea o selecciona la metáfora terapéutica, y debe evaluar el correcto momento para introducirla en el tratamiento del niño (Rasmussen y Cunningham, 1995).

De acuerdo a Almonte (2010), el trabajo con metáforas genera cambios, en la medida en que son planteadas en el momento preciso que requiere el proceso del paciente, basadas en la construcción de un vínculo terapéutico, considerando las características del paciente, y seleccionando una metáfora pertinente para la solución de sus conflictos. Así, la metáfora no produce cambios en sí misma, sino en tanto al paciente le sirve para otorgar sentido a alguna vivencia que está experimentando.

Es importante mencionar que cuando trabajamos con metáforas y símbolos, debemos mantenernos en ese nivel, sin hacer esfuerzos

por movernos a interpretaciones más cercanas a la situación experimentada muy rápidamente. Si hacemos interpretaciones cercanas a los hechos acontecidos forzamos al niño a moverse de la metáfora que estamos trabajando o el niño ha expresado. Estas interpretaciones pueden hacer que se inhiba, y que "rompamos" la metáfora. Si estamos en la metáfora, probablemente el niño requiere trabajar en ese nivel para protegerse. Mantenerse en la metáfora, puede ser útil para explorar de manera más profunda los significados y emociones del niño. Si nos movemos muy rápido de la metáfora, perdemos el contacto emocional que el niño había logrado a través de ella (Gil, 2006). Junto con esto, en la misma metáfora, podemos ayudarlo a buscar solución a los problemas presentados en ella, o nuevas significaciones, favoreciendo su elaboración.

En este sentido, cuando trabajamos en la metáfora, nos mantenemos en la metáfora. Si, de acuerdo a las características del niño, el avance terapéutico y el momento del tratamiento, consideramos que es pertinente realizar una aplicación de la metáfora a la vida concreta del niño, debemos realizarla de manera muy cautelosa y progresiva, y sin poner contenidos específicos en el niño (por ejemplo, ¿hay algo de este cuento que se relacione con tu vida?; ¿algún personaje de este juego te recuerda a alguien que tú conoces?) (Capella, Escala y Nuñez, 2008).

La metáfora es una de las posibilidades para el trabajo focalizado en torno a la experiencia abusiva. Esto no implica dejar fuera los abordajes directos de la experiencia traumática, sino que éstos podrán utilizarse en momentos en que el paciente pueda estar más preparado para el abordaje explícito de sus vivencias.

Sin embargo, resulta necesario relevar la posibilidad del trabajo en relación a las vivencias traumáticas de manera metafórica e indirecta, pudiendo favorecer la elaboración de la experiencia abusiva desde otros lenguajes. El abordaje indirecto puede realizarse a través de diversas técnicas, como la bandeja de arena, técnicas de arte, los cuentos, juego, títeres, dibujos, etcétera, favoreciendo el despliegue de metáforas y símbolos a través de estas diversas técnicas.

De esta manera, además de los beneficios teóricos del uso de la simbolización y la metáfora, al ser presentados en un medio acorde al lenguaje del niño, genera su interés y motivación (Gil, 1991), en

tanto el simbolismo le ofrece al niño un lenguaje personal indispensable para expresar su subjetividad (Piaget, 2000).

A continuación, desarrollaremos una de las formas del uso de la metáfora, como es la utilización de cuentos (Rasmussen y Cunningham, 1995).

### *Uso de cuentos en psicoterapia*

Desde diversos enfoques se ha descrito el beneficio del uso de cuentos en la psicoterapia con niños. La lectura de un cuento con un niño, a partir de su imaginación y su alta capacidad de identificarse con los personajes, puede resultar muy beneficiosa, en tanto el niño puede involucrarse rápidamente con la historia y realizar vinculaciones simbólicas con los personajes, conflictos y resoluciones. El niño puede sentirse identificado con las preocupaciones de los personajes del cuento, favoreciendo en la terapia el abordaje de contenidos significativos (Gil, 1991).

Al seleccionar cuentos con situaciones que pudieran ser significativas para los niños, les entregamos elementos alternativos para la resolución de problemas, en la medida que podemos trabajar diferentes posibilidades de resolución de los conflictos, tales como la mostrada en el cuento u otra. También podemos favorecer el trabajo de expresión de emociones y la toma de perspectiva (Sepúlveda, 2013).

Específicamente en cuanto a los cuentos de hadas clásicos, Bettelheim (1975) plantea que éstos dan al niño una alternativa simbólica de resolución de conflictos, en tanto los procesos internos se externalizan y se harían más comprensibles al ser representados por los personajes del cuento. En este sentido, "el cuento es terapéutico porque el paciente encuentra sus propias soluciones mediante la contemplación de lo que la historia parece aludir sobre él mismo y sobre sus conflictos internos [...] que parecen incomprensibles y, por lo tanto, insolubles" (Bettelheim, 1975, pp. 28-29).

Bettelheim (1975) destaca que los cuentos de hadas generan gran satisfacción en los niños, en la medida que enriquecen su vida interna, pues el niño se encuentra en ellos con su ser psicológico y emocional, pudiendo comprender de manera simbólica sus conflictos, al ofrecer ejemplos de soluciones a diversas dificultades.

En la psicoterapia con niños víctimas de agresiones sexuales, los cuentos permiten trabajar simbólicamente aspectos relevantes de cada fase del desarrollo y facilitan el acceso a contenidos difíciles de abordar directamente (Capella, Escala y Núñez, 2008), prescribiendo las defensas psicológicas, en tanto los niños identifican sus emociones y conflictos de manera indirecta (Rasmussen y Cunningham, 1995).

Con el uso de metáforas a través de cuentos, los niños pueden relacionarse con los personajes y trabajar los conflictos asociados al abuso de manera simbólica, permitiéndoles ver su problema de otra forma (Rasmussen y Cunningham, 1995).

En la psicoterapia con niños víctimas de agresiones sexuales, utilizamos, entre otras técnicas metafóricas, diversos cuentos, dependiendo de las necesidades del niño, sus conflictos, intereses, edad, etapa de la terapia, etcétera. Es decir, cuando el uso del cuento se relaciona con un objetivo terapéutico relevante de trabajar de acuerdo a la planificación terapéutica realizada. En este sentido, la técnica se inserta dentro de un plan de tratamiento.

A continuación, desarrollaremos específicamente el uso de un cuento clásico *El lobo y las siete cabritas*, el cual consideramos sirve como símbolo para la elaboración de algunos aspectos traumáticos en la psicoterapia con víctimas de agresiones sexuales.

### **El lobo y las siete cabritas**

#### ***¿Para qué usar este cuento?***

El objetivo de su uso es promover en el niño la elaboración de contenidos traumáticos asociados a la victimización sexual. Fundamentalmente, este cuento permite abordar con la víctima, conflictos como la traición y la indefensión y algunos elementos asociados a la estigmatización, de acuerdo al modelo de las dinámicas traumatogénicas de Finkelhor y Browne (1985). En cuanto a los contenidos vinculados a la traición que permite trabajar, está la sensación de haber sido engañado por parte del adulto agresor, así como los posibles sentimientos de desprotección por parte de figuras cuidadoras asociadas a la agresión, que en el cuento está representado desde el momento en que la madre las deja solas y en ese contexto el lobo se las come. En relación a la indefensión,

permite al niño conectarse con sentimientos de vulnerabilidad, frente a un lobo que es representado de manera muy agresiva y omnipotente. En relación a la estigmatización, permite trabajar algunos elementos, como los sentimientos de culpa, que serán descritos posteriormente. Se trata de aspectos comprometidos en la mayoría de las victimizaciones sexuales y que resultan sumamente complejos de abordar en el proceso terapéutico de víctimas infantiles.

El segundo elemento que permite esta historia, es la posibilidad de ayudar a la víctima a conocer las estrategias de victimización o modalidades mediante las cuales fue sometida a las agresiones sexuales.

Las estrategias de victimización se refieren a las actividades empleadas por el agresor, destinadas a lograr la realización de los actos de agresión sexual, o bien, a favorecer la mantención de éstos en el tiempo y el silenciamiento de la víctima (Gutiérrez y Steinberg, 2012). Estas estrategias implican coacción o coerción (Cantón Duarte y Cortés, 1997; Glaser y Frosh, 1997), que se refiere al logro de sometimiento en la víctima a través de manipulaciones que la dejan en estado de indefensión, sin poder evaluar la situación en la cual está implicada o solicitar ayuda respecto a ésta (Rivera y Salvatierra, 2002 en Gutiérrez y Steinberg, 2012). La coacción o coerción puede ser explícita o implícita. En la coacción explícita se usa directamente la fuerza física, la violencia, el uso de armas, etcétera. En cambio, la coacción implícita, que es la más frecuente en las agresiones a niños/as y adolescentes, se refiere a la utilización de la relación de dependencia o confianza de la víctima, a través de la seducción, el engaño, las amenazas, entre otras (Glaser y Frosh, 1997; Capella, 2011).

El que los niños/as puedan reconocer las estrategias de victimización es un objetivo central para la elaboración, puesto que permite situar la responsabilidad en el agresor y no en ellos. Sin embargo, se trata de un objetivo difícil de abordar ya que los sentimientos de culpa y de responsabilización de la víctima, asociados a la agresión sexual o a la tardanza en la revelación, ocupan un lugar profundo y muchas veces no consciente. La alternativa de afrontar este tipo de sentimientos de manera directa y verbal no siempre conseguirá el alivio buscado, ya que, justamente, el agresor ha instalado con

fuerza en la víctima la idea de incompetencia y de complicidad (“Soy tan tonto que no pude detenerlo, escaparme, pedir ayuda, oponerme”).

De esta forma, el acercamiento terapéutico a estos contenidos, de un modo simbólico e indirecto, permite a la víctima reconocer progresivamente su vulnerabilidad frente a estrategias de engaño y manipulación, comenzando por la identificación con las cabritas del cuento, para luego conectar estos contenidos a su propia historia de vulneración sexual, pudiendo favorecer la disminución de sentimientos de culpa.

### *¿Qué contenidos traumáticos permite trabajar este cuento?*

El cuento comienza con la madre de las cabritas advirtiéndoles que no abran la puerta a ningún extraño mientras ella se ausenta, pero las cabritas finalmente desobedecen y son devoradas. Esta situación probablemente va a movilizar sentimientos de culpa en el lector; en su mundo infantil, el egocentrismo propio de su pensamiento lo lleva a suponer que las cabritas son devoradas por “desobedecer” y abrir la puerta, es decir, es una consecuencia de su mala acción. De este modo, la víctima puede encontrar un paralelo con su propia situación frente a la agresión sexual, la cual en alguna medida ha sido instalada como una consecuencia de una falta propia. Así, el texto va a proponer un símbolo que refleja la idea de recibir un acto de violencia como consecuencia de una equivocación personal. Por lo tanto, el inicio del cuento provoca la emergencia de los sentimientos de culpa que puedan ser parte del mundo vivencial de la víctima.

El valor del trabajo elaborativo a través del cuento es que su estructura permite gatillar estos sentimientos de autorresponsabilidad en la agresión, para luego abordarlos mediante una propuesta metafórica, en la que el verdadero responsable de la violencia es reconocido como tal (el lobo/el victimario) y las cabritas son liberadas de la “culpa” por abrir la puerta.

El lugar que ocupan los sentimientos de culpa, incompetencia y complicidad en la víctima se asocia en gran medida a la falta de conciencia de la propia vulnerabilidad frente a una planificación del agresor para someter, agredir y silenciar. En el cuento, la plani-

ficación del lobo para conseguir su objetivo (devorar a las cabritas) se expresa con claridad en la persistencia para golpear la puerta una y otra vez, siempre intentando manipular, seducir y engañar a las cabritas. Se aprovecha de la vulnerabilidad propia de la edad y también, que la figura cuidadora no está presente. En este contexto, el terapeuta tendrá la tarea de enfatizar las estrategias que utiliza el lobo: el engaño y la manipulación de las cabritas, permitiendo con ello que el niño se conecte con su vulnerabilidad frente a un otro que es deshonesto y poderoso.

Es importante tener presente que el lobo no solo engaña a las cabritas, sino también a dos adultos: el panadero y el almacenero, a quienes exige harina para empolverar sus manos y miel para aclarar su voz, respectivamente. Ambos personajes son obligados a cooperar por intimidación, de modo que su participación en la historia acentúa la habilidad del lobo para conseguir sus objetivos a cualquier costo. De esta manera, el niño puede identificar las variables del contexto que hicieron posible el acto de violencia, ya que hasta los mismos adultos cedieron frente a la presión del lobo.

Un elemento muy interesante que ofrece el texto es el personaje de la cabrita más pequeña, la cual se esconde y no es devorada por el lobo y luego puede explicar a la madre lo sucedido con sus hermanos. Desde la perspectiva de las autoras, esta cabrita es la metáfora ideal para representar los aspectos del niño que no fueron dañados por la agresión sexual. Es decir, aquella parte de su identidad y personalidad en desarrollo que permanece fortalecida y competente, que no ha sido devastada por la agresión. Es una invitación para el lector que ha sido victimizado, a encontrarse con sus propios aspectos sanos, de modo que sean éstos los que pidan ayuda y cooperen en el rescate de los aspectos del sí mismo que se encuentran fragilizados tras la vulneración sexual. Por ejemplo, podría hacerse el símil con la fortaleza del niño de develar la situación abusiva vivenciada.

Por otra parte, en este cuento nos encontramos con una cabrita-madre que reúne las condiciones para contener y proteger a sus hijos. Al igual que la madre del niño victimizado, no puede estar a todas horas con él. De hecho, lo interesante es que la cabra-madre sale de la casa y eso permite a las cabritas/(lector) conectarse con

la vulnerabilidad propia de la edad. Al regresar a casa, la cabrita menor le comunica lo sucedido; la madre tiene una respuesta emocional de dolor y desesperación, sin embargo, no culpabiliza a las cabritas (de modo que no señala que no debieron abrir la puerta).

La madre decide ir de inmediato en busca del lobo, dando cuenta de que el rescate de las cabritas que fueron devoradas es más relevante que concentrarse en cómo se originó esta situación. Así, aparece una cabra-madre que da credibilidad a su hijo menor, no lo cuestiona y además, adopta una actitud protectora de inmediato. Es decir, se orienta a la solución del problema: salvar al resto de sus hijos. Un elemento central de la historia es que esta cabra-madre utiliza una estrategia para alcanzar el resultado que busca: no enfrenta al lobo despierto, espera a que se duerma y ahí le abre el abdomen para sacar una a una a las cabritas y luego lo rellena con piedras. Es decir, se presenta a una madre que aun estando en una situación grave y apremiante, es capaz de actuar con racionalidad para idear un plan que le permita triunfar.

De este modo, el cuento ofrece al niño victimizado la posibilidad de aliviar su angustia ante el ataque devastador del lobo, con la presencia de una madre capaz de superarlo en astucia y que consigue el rescate de las cabritas. Se trata de una figura materna que puede controlar sus afectos para actuar con decisión, que es valiente y estratégica y que, por lo tanto, se transforma en un modelo a seguir para las pequeñas cabritas, una alternativa de resolución de conflictos en la cual no hay tolerancia a la violencia del lobo.

Si bien un número importante de niños sexualmente victimizados no cuenta con una figura adulta de estas características, el cuento da la oportunidad de representar al menos el anhelo del niño: ser creído, protegido, no enjuiciado y rescatado del lobo/agresor. De esta manera, la historia permite al lector pasar del estado de indefensión al de amparo. Este cambio en la posición subjetiva es lo que genera el alivio de la angustia, en la víctima y en las cabritas.

Es importante señalar que el lobo de este cuento es un personaje astuto y egocéntrico, lo que lo vuelve violento y peligroso. Con ello, su sola aparición en escena gatilla el terror del resto de los personajes. Las cabritas, en su calidad de animales (pequeños o niños) aún en desarrollo, son vulnerables frente a él. El lobo, al

igual que el agresor, tiene un objetivo claro por el cual lucha, sin identificar las consecuencias que sus actos tienen para los demás.

En el relato se aprecia al lobo como buscando la satisfacción de sus deseos; devora a las cabritas una a una y, luego, sin remordimiento, se va a dormir una siesta para continuar con su vida sin asumir ninguna responsabilidad. La similitud entre este personaje y la figura del agresor sexual es bastante directa, aun cuando no es necesario que éste actúe de la misma manera. Esto último, porque es la representación mental de la figura en cuestión lo que va a actuar como generador de miedo, en la medida que el niño lo percibe como omnipotente por la relación que existe entre ambos. En el caso de una víctima que fue sometida sin uso de violencia física, intimidación o amenaza, sino más bien a través de la manipulación, el engaño y la utilización del vínculo de confianza, este lobo es un símbolo de abuso de poder.

Cabe señalar que, aunque el niño puede ver en el lobo el poder y las estrategias de victimización, no obstante, éste no es ilimitado, lo cual gatilla alivio psicológico al lector. En la historia la madre reúne fuerzas para derrotarlo y lo logra. Además, le pone piedras y en consecuencia éste se cae el pozo. De este modo, la imagen del adulto protector se fortalece y su poder se amplifica, lo que resulta aliviador para las angustias de un niño que percibe al agresor como omnipotente. En este sentido, puede apreciarse el carácter relacional del poder, dando la idea al lector de que no es una característica inherente al agresor, puesto que en el cuento, con el abdomen lleno de piedras y no de cabritas, pierde todo su poder y cae al pozo "por su propio traspie".

Así como en la mayoría de los cuentos de hadas, es frecuente que en esta historia los niños señalen el final como la parte del cuento que más les gustó. El aspecto destacable aquí es que el lobo muere, por lo tanto, la agresión cometida no queda impune (las cabritas no solo fueron engañadas, sino que efectivamente fueron devoradas sin piedad). La muerte del antagonista garantiza el cese del peligro, lo cual restituye en el pequeño lector la sensación de seguridad. Este punto es central para la víctima, puesto que la certeza de que no se repetirán las agresiones sexuales favorece el proceso de recuperación emocional. El final del cuento ofrece la

tranquilidad para que las cabritas y su madre puedan volver a casa y recuperarse del trauma sin tener que mantener la respuesta de alerta ya que el riesgo quedó controlado.

Desde la perspectiva de las autoras, este trabajo va a permitir que el niño pueda tener una percepción de que: 1) él no tuvo la culpa, sino el agresor; 2) un aspecto de él no fue dañado y ese puede luchar para sanar la parte vulnerada; 3) el adulto protector es más fuerte que el agresor; le cree al niño y lo rescata; además, sanciona al agresor; 4) el agresor no tiene poder ilimitado y su acción abusiva fue conseguida por medio de engaños.

### *¿Cómo trabajamos en psicoterapia con este cuento?*

En cuanto a nuestra propuesta de modalidad de trabajo con este cuento, ha sido pensada más bien para una fase intermedia del tratamiento, es decir, para una etapa de elaboración de los contenidos traumáticos. En este sentido, el cuento tendrá mejor acogida una vez que el vínculo terapéutico se haya fortalecido y el terapeuta tenga un diagnóstico claro respecto del tipo de victimización a la que el niño se vio expuesto y las vivencias emocionales asociadas. Por esta razón, no sería recomendable su uso para niños que aún no se han reconocido como víctimas de abuso sexual.

El trabajo con cuentos de hadas nos introduce en un mundo mágico y envolvente, es una experiencia placentera tanto para el niño como para el terapeuta. *El lobo y las siete cabritas* es un cuento breve, con un tema central y una trama apropiada para distintos grupos etarios. Sin embargo, no lo recomendamos para niños menores de 6 años, puesto que el trabajo en torno a las estrategias de victimización con este cuento implica algún nivel de abstracción. Si es utilizado con niños menores, habrá que realizarle modificaciones.

Inicialmente leemos en la sesión el cuento con el niño, idealmente en una edición que combine texto con ilustraciones. Puede ser leído por el niño o por el terapeuta, y utilizado tanto de manera individual como grupal. Una vez que es leído en la sesión (se puede acompañar la lectura con el audio, algunas editoriales acompañan el texto de un CD), y que el niño se ha conectado con la historia a través de los dibujos, el trabajo se dirige al abordaje de los símbolos de la historia. Además de la lectura del cuento, se puede apoyar

este trabajo con otras técnicas, como por ejemplo, técnicas de arte para construir cabritas o títeres para ir representando las escenas a medida que se lee.

Habitualmente, se le pide al niño que realice un dibujo de la escena que más le gustó o que más le llamó la atención (lo ayudamos a dibujar solo si vemos que el no hacerlo implica un bloqueo y una frustración para el niño; lo relevante es que él pueda identificar su escena preferida). En el caso de niños pequeños o con un funcionamiento cognitivo con dificultades, comenzamos con algunas preguntas generales para asegurar que existe una comprensión de la trama de la historia. Luego se realizan preguntas que den espacio para expresar la parte que más le gustó, lo que menos, lo que le llamó la atención, etcétera. Junto con esto, preguntamos por el dibujo realizado (por ejemplo, por qué escogió esa escena, qué es lo que le gustó de ella, etc.).

En una segunda etapa de la sesión (que también puede ser en una segunda sesión, dependiendo del ritmo que el niño le dé a la actividad), se realiza un trabajo dirigido a buscar los símbolos del cuento con los que se quiere trabajar; para ello, usualmente contamos con una especie de plantilla con preguntas clave para abordar con el niño, de acuerdo a los objetivos buscados, la etapa del tratamiento y el período evolutivo.

Las preguntas que pueden guiar este trabajo serían: ¿quiénes son los personajes buenos en esta historia y quiénes los malos?, ¿cuáles son las características de los buenos y de los malos?, ¿cómo son la madre, las cabritas y el lobo?, ¿por qué las cabritas abren la puerta?, ¿quién tiene la culpa de lo que sucedió y por qué?, ¿cómo se resuelve el conflicto?, ¿quién triunfa al final? Es importante trabajar con el niño estas u otras preguntas que parezcan relevantes, por escrito, por ejemplo, alrededor del mismo dibujo. De esta manera, lo ayudamos a concentrarse en la actividad e ir visualizando cómo con sus respuestas y opiniones escritas, el dibujo de la escena preferida se va rodeando y completando. De acuerdo a las características del paciente, estas preguntas pueden trabajarse en la plantilla escrita, o bien pueden guiar el diálogo con el paciente.

En esta última parte, el terapeuta con sus intervenciones ayuda al niño a situar la responsabilidad del conflicto en el lobo, quien

ha desplegado estrategias como el engaño (cambiando su aspecto físico) y el aprovechamiento de las condiciones de vulnerabilidad de la infancia (las cabritas se encontraban solas en la casa) para conseguir su objetivo.

Idealmente, es un trabajo pensado para ser realizado a nivel metafórico, es decir, recorrer los símbolos del cuento sin buscar la conexión directa y lineal con la historia de victimización del niño. Sin embargo, en algunos casos, con niños más grandes o en una etapa de cierre del tratamiento, puede ser interesante el paso de la metáfora a la experiencia del niño. No obstante, si tomamos esta opción, no puede ser una intervención que violenta al niño ni que active sus resistencias; por ello, se irá desde lo más general y siempre de acuerdo a cuánto él mismo esté dispuesto a avanzar. Por ejemplo, se le puede preguntar si algo de la historia le recordó algún aspecto de su propia historia de vida o algo en relación al motivo de consulta (la victimización sexual), o bien si conoció alguna vez a alguien similar al lobo o si él alguna vez se sintió en peligro o aliviado por un rescate.

Es decir, la forma de acercarnos a la experiencia de la agresión debe ser cautelosa y en sintonía con la disposición emocional del niño para ello. De todas maneras, de acuerdo a la experiencia de las autoras, el paso de la metáfora del cuento a la experiencia vivida no es una condición necesaria para la elaboración de la vivencia traumática. De hecho, tal como en otras técnicas lúdico-simbólicas, el valor se encuentra justamente en trabajar en un nivel que no eleva las resistencias y que se convierte en un espacio intermedio entre la crueldad de la vulneración sexual y la sanación de las heridas psicológicas.

### Conclusiones

En este artículo, se desarrolla una reflexión clínica respecto a cómo se entiende la terapia especializada en agresiones sexuales, y qué estrategias terapéuticas resultan especialmente beneficiosas en el trabajo con estos casos.

Una de las preguntas que surge en los terapeutas que trabajan en este tipo de casos se refiere a cómo abordar la agresión sexual y sus implicancias sin generar mayor daño (es decir, sin revictimizar).

Por un lado, enfrentar directamente la temática puede resultar amenazante y desestabilizador; por otro lado, no abordarla (“hablarla”) puede perjudicar la oportunidad de asimilar la experiencia traumática.

Ante este dilema, el presente trabajo propone una mirada integrada, ya que la modalidad de intervención expuesta contiene una premisa de base: toda terapia especializada en agresión sexual infantil debiese favorecer la elaboración de contenidos traumáticos, pero no necesariamente de forma explícita, “hablando” de la experiencia vivida. De este modo, el abordaje indirecto, a partir del trabajo con símbolos y metáforas, constituye un medio de elaboración tan poderoso como la aproximación directa, pero con la ventaja de movilizar dosis controladas de angustia.

El trabajo con la metáfora no solo incorpora las generadas por el paciente, sino que incluye el mundo de los símbolos, en este caso, los proporcionados por un cuento clásico de la literatura infantil como *El lobo y las siete cabritas*. La propuesta presentada destaca el uso de los cuentos como un espacio transicional que media entre la experiencia de la agresión y la fantasía, aliviando los efectos de la traumatización vinculada a la agresión sexual en la infancia.

Para lograr este objetivo, es necesario abandonar aproximaciones rígidas al momento de la implementación de la técnica, ya que si bien podemos basarnos en una pauta o planilla de trabajo, lo que guía las intervenciones realizadas por el terapeuta es el vínculo terapéutico y el conocimiento en profundidad del mundo interno del niño/a, así como del fenómeno de las agresiones sexuales.

De esta forma, cómo se usa una técnica y su potencial elaborativo, depende en gran medida del proceso de análisis y comprensión previa de la misma, en el sentido de tener en consideración para qué se está utilizando y a qué objetivos terapéuticos está respondiendo. Este punto es fundamental para evitar el uso superficial o errático de una técnica. Es responsabilidad de cada terapeuta entender lo que está aplicando y no reproducir automáticamente técnicas que supuestamente ayudan a superar experiencias sexualmente abusivas. Así, predominan la planificación terapéutica y los objetivos a trabajar con el niño, por sobre la selección de una técnica, por más atractiva o novedosa que sea.

Para ello es necesario que el trabajo terapéutico responda a los tiempos del paciente y la sincronía que el terapeuta logre desarrollar con éste, por lo que se enmarca dentro de una terapia que se diseña siempre de acuerdo a las necesidades del paciente. De esta forma, esta técnica se inserta dentro de un plan de tratamiento, ya que ni ella ni otras por sí solas permiten la resignificación de la experiencia, siendo, más bien, parte de un proceso psicoterapéutico a largo plazo.

Considerando estos elementos, en el presente artículo se propone una metodología focalizada e indirecta para la elaboración de experiencias abusivas, potenciando los recursos evolutivos propios de la infancia.

## Bibliografía

- Almonte, C. (2010). *Embudos mágicos: De metáforas y terapias: la estrategia metafórica*. Santiago: RIL.
- Beuhlein, B. (1988) [1975]. *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona: Grijalbo.
- Canton Duarte, J., Cortés, M.A. (1997). *Malos tratos y abuso sexual infantil: causas, consecuencias e intervención*. Madrid: Siglo XXI.
- Capella, C. (2011). Hacia narrativas de superación: el desafío para la psicoterapia con adolescentes de integrar la experiencia de agresión sexual a la identidad personal. Tesis para optar al grado de Doctora en Psicología, Universidad de Chile.
- Capella, C., Escala, G.L., Núñez, L. (2008). Intervención psicoterapéutica con niños y niñas que han sido víctimas de agresiones sexuales: profundización en el uso de técnicas. Curso de actualización de posítulo dictado en la Universidad de Chile.
- Capella, C., Miranda, J. (2003). Diseño, implementación y evaluación piloto de una intervención psicoterapéutica grupal para niñas víctimas de abuso sexual. Memoria para optar al título de Psicólogo, Universidad de Chile.
- Cattamach, A. (1992). *Play therapy with abused children*. London: Jessica Kingsley Publishers.
- CAVAS (2003). Centro de asistencia a víctimas de atentados sexuales CAVAS Metropolitan: 16 años de experiencia. Policía de Investigaciones de Chile.
- Colombo, R., Beigbeder, C. (2003). *Abuso y maltrato infantil. Hora de jugar diagnóstico*. Santiago del Estero, Capital Federal, Argentina: Samir Claire Editora.
- Fiscalía Ministerio Público, SENAMF, Servicio Médico Legal, Carabineros de Chile, Policía de Investigaciones de Chile, Ministerio del Interior, Corporación de Asistencia Judicial, Universidad Católica Silva Henríquez, Fundación León Bloy (2010). *Guía para la evaluación pericial de daño en víctimas de delitos sexuales*. Documento de trabajo interinstitucional. Santiago.
- Finkelhor, D., Browne, A. (1985). The traumatic impact of child sexual abuse: A conceptualization. *American Journal of Orthopsychiatry*, 55 (4), 530-541.

Friedrich, W., Share, M. (1997). The Roberts Apperception Test for children: An exploratory study of its use with sexually abused children. *Journal of child sexual abuse*, 6 (4), 83-91.

Gil, E. (1991). *The healing power of play: Working with abused children*. New York: The Guilford Press.

\_\_\_\_\_. (2006). *Helping abused and traumatized children: Integrating directive and nondirective approaches*. New York: The Guilford Press.

Glaser, D., Frosh, S. (1997). *Abuso sexual de niños*. Buenos Aires: Paidós.

Gutiérrez, C., Steinberg, M. (2012). Caracterización del proceso de revelación de niños, niñas y adolescentes chilenos víctimas de agresiones sexuales. Memoria para optar al título de Psicóloga, Universidad de Chile.

Hermanos Grimm (2008) [1812-]. *El lobo y las siete cabritas*. Santiago: Cuarto Propio.

Kelly, M. (1995). Play therapy with sexually traumatized children: Factors that promote healing. *Journal of child sexual abuse*, 4 (3), 1-11.

Piaget, J. (2000) [1961]. *La formación del símbolo en el niño*. México: FCE.

Rasmussen, L., Cunningham, C. (1995). Focused play therapy and non-directive play therapy: Can they be integrated? *Journal of child sexual abuse*, 4 (1), 1-20.

Real Academia Española [en línea]. *Diccionario de la lengua española* (disponible en [www.rae.es](http://www.rae.es)).

Sepúlveda, G. (2008). Perspectiva constructivista evolutiva en psicología clínica infantil-juvenil. En Kaulino, A., Stecher, A. (eds.). *Catografía de la psicología contemporánea: pluralismo y modernidad*. Santiago: LOM.

\_\_\_\_\_. (2013). *Psicoterapia evolutiva con niños y adolescentes*. Santiago: Mediterráneo.